



Pablo Mourier

Venganzas  
*sutiles*

*Dieciocho historias  
de una ciudad caníbal*

BÄRENHAUS

# Índice

Más negro que amarillo.....	13
Viejos planes.....	17
Héroe.....	27
El otro Funes.....	31
Nunca se sabe.....	35
El juego y el final.....	41
Por algo habrá sido.....	57
La casa.....	61
Nunca es fácil Balvanera.....	71
La vieja y los vecinos.....	75
El Chino y el Hueso.....	85
La vergüenza de la señorita Dughan.....	89
El verdadero amor.....	101
La resurrección de Luis.....	109
El número 7.....	115
Luz.....	121
Cosa de arqueros.....	123
Magdalena.....	129

## *El Chino y el Hueso*

85

El Chino era policía. Botón, cana, yuta, rati, gorra, poli, vigilante; era todo eso sin tener ninguna vocación para serlo. En el barrio juraban que se había hecho cana para estar en la cancha los días de partido. Puede ser que fuera cierto, porque a poco de entrar pidió el pase a la División Perros. Eso le aseguraba estar más cerca de los jugadores, casi en el banderín del córner y pegado al alambrado, como los pibes del barrio, pero del lado de adentro. Poco le importaban las puteadas, las escupidas y las botellas con meo. Una vez casi lo matan a patadas, cuando se metió en la cancha para abrazarse con el siete, la tarde aquella del memorable gol olímpico. La turba tenía razón en estar enardecida: en medio de los abrazos, el perro del Chino había mordido la pierna del wing, lo que obligó a que estuviera tres meses sin jugar. Cuando hacía esos quilombos, lo borraban por un tiempo, pero siempre volvía. Los jefes lo bancaban porque su locura los divertía.

El Chino siempre me hablaba del perro, pero lo de aquella tarde fue demasiado:

—Miralo, ¿no reconocés la manera de pararse? ¿Sabés cuándo nació? El 14 de febrero de 2009... ¡No me mirés así, boludo, ¿no te dice nada la fecha?! 14 de febrero de 2009... ¡el día que se nos fue el Hueso! ¡Tenés que ser medio pelotudo para olvidarte del Hueso!

El Hueso había sido el enganche más vistoso en toda la historia del club, había jugado allá por la década del cincuenta. El Chino no lo había visto jugar, pero conocía de memoria cada una de sus epopeyas, sus récords nunca igualados, las mañas para hacer echar rivales. Estaba obsesionado el Chino, pero nadie se animaba a decirle nada, ¡es que el tipo era tan feliz con esas cosas!

—¿Vos me estás diciendo que el rope es el Hueso? —me animé a preguntarle.

—¡La reencarnación, boludo! Mirá la manera de pararse, miralo bien y decime si no es el Hueso. A mí me jode un poco tenerlo atado, justo a él, que zafaba de cualquier marca... ¡¿Sabés lo que debe sufrir mirándolo desde afuera?! ¡Sabés si entra, cómo los deja parados a todos estos muertos! Vez pasada se puso tan loco que yo no lo podía manejar, no lo dejaba patear el córner al punterito de ellos. Por ahí fue por el cagazo, qué sé yo, pero la verdad es que el pibe lo pateó horrible. El Hueso sabía cómo poner nervioso a un rival y este tiene sus mismas mañas... ¡¿Qué te quedás mirando?! ¡Ya te dije que no me mirés así! Sos un pelotudo, ya te vas a dar cuenta vos también que es el Hueso.

Los escándalos se volvieron cada vez más frecuentes y el Chino se convirtió en un personaje incómodo. Ante la consulta de sus jefes, el psiquiatra de la

Fuerza indicó cambiarle el perro, lo que le provocó un brote psicótico severo y una urgente internación en la clínica policial. El Chino falleció pocos días más tarde, lejos de su amado compañero.

Viví la historia desde adentro. Si nunca la conté hasta ahora, es porque hacerlo me había parecido una iniciativa inútil. Cambié de opinión ayer, en la cancha, sufriendo el clásico desde la tribuna, insultando al wing que venía a patear el córner tan cerca del alambrado. Del otro lado reconocí al Hueso: un poco más viejo, el hocico canoso, pero con los bríos de siempre; ladraba, temible, al pateador asustado. A la par del Hueso, tensando la correa con la que un joven policía apenas podía retenerlo, había un perro más joven, de pelaje muy negro y temperamento exaltado, puro nervio. Sentí que ya lo conocía, que nos conocíamos desde siempre, es por eso que lo cuento. Les pido que se fijen, que se fijen bien. Díganme si no reconocen esa manera de pararse.